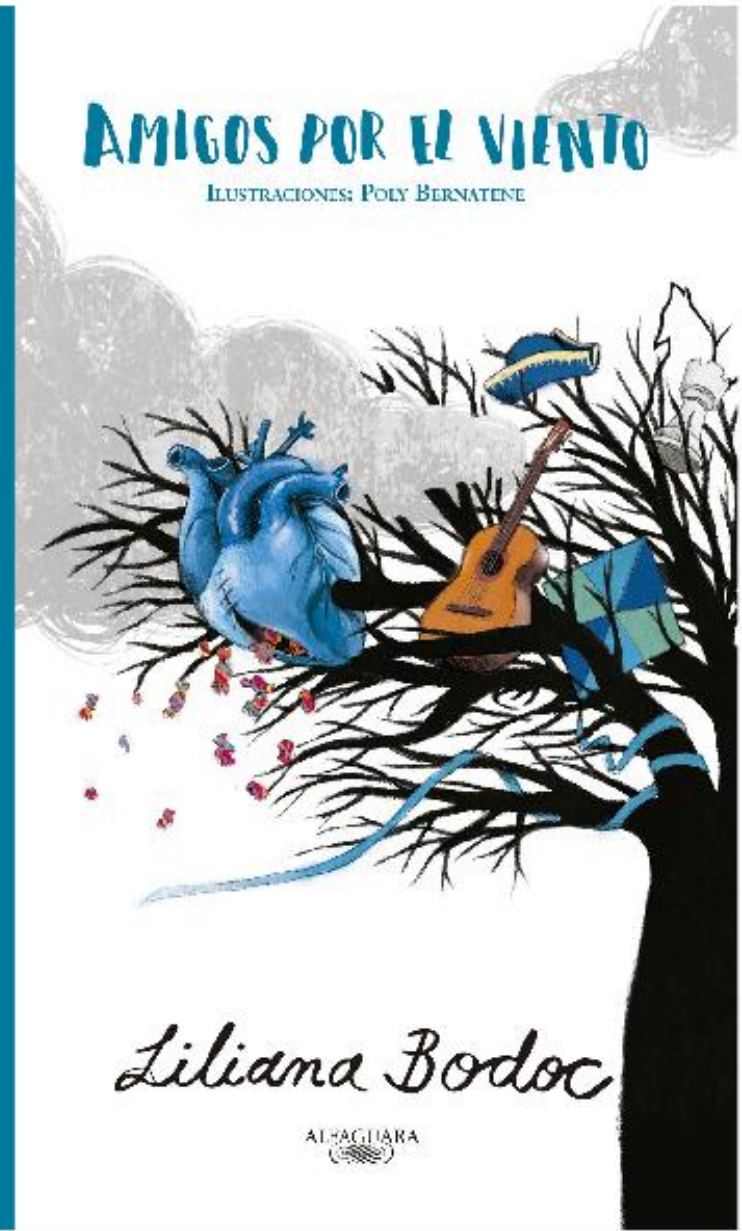


AMIGOS POR EL VIENTO

ILUSTRACIONES: POLY BERNATENE



Liliama Bodoc

ALBAGUARA

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligra; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

Cuando la vida se comporta de ese modo, se nos ensucian los ojos con los que vemos. Es decir, los verdaderos ojos. A nuestro lado, pasan papeles escritos con una letra que creemos reconocer. El cielo se mueve más rápido que las horas. Y lo peor es que nadie sabe si, alguna vez, regresará la calma.

Así ocurrió el día que papá se fue de casa. La vida se nos transformó en viento casi sin dar aviso. Yo recuerdo la puerta que se cerró detrás de su sombra y sus valijas. También puedo recordar la ropa reseca sacudiéndose al sol mientras mamá cerraba las ventanas para que, adentro y adentro, algo quedara en su sitio.

—Le dije a Ricardo que viniera con su hijo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —mentí.

Mamá dejó de pulir la bandeja y me miró:

—No me lo estás diciendo muy convencida...

—Yo no tengo que estar convencida.

—¿Y eso qué significa? —preguntó la mujer que más preguntas me hizo a lo largo de mi vida.

Me vi obligada a levantar los ojos del libro:

—Significa que es tu cumpleaños y no el mío —respondí.

La gata salió de su canasto y fue a enredarse entre las piernas de mamá.

Que mamá tuviera novio era casi insoportable. Pero que ese novio tuviera un hijo era una verdadera amenaza. Otra vez, un peligro rondaba mi vida. Otra vez había viento en el horizonte.

—Se van a entender bien —dijo mamá—. Juanjo tiene tu edad.

La gata, único ser que entendía mi desolación, saltó sobre mis rodillas. Gracias, gatita buena.

Habían pasado varios años desde aquel viento que se llevó a papá. En casa ya estaban reparados los daños. Los huecos de la biblioteca fueron ocupados con nuevos libros. Y hacía mucho que yo no encontraba gotas de llanto escondidas en los jarrones, disimuladas como estalactitas en el congelador, disfrazadas de pedacitos de cristal. “Se me acaba de romper una copa”, inventaba mamá, que, con tal de ocultarme su tristeza, era capaz de esas y otras asombrosas hechicerías.

Ya no había huellas de viento ni de llantos. Y justo cuando empezábamos a reírnos con ganas y a pasear juntas en bicicleta, aparecía un tal Ricardo y todo volvía a peligrar.

Mamá sacó las cocadas del horno. Antes del viento, ella las hacía cada domingo. Después pareció tomarle rencor a la receta, porque se

molestaba con la sola mención del asunto. Ahora, el tal Ricardo y su Juanjo habían conseguido que volviera a hacerlas. Algo que yo no pude conseguir.

—Me voy a arreglar un poco —dijo mamá mirándose las manos—. Lo único que falta es que lleguen y me encuentren hecha un desastre.

—¿Qué te vas a poner? —le pregunté en un supremo esfuerzo de amor.

—El vestido azul.

Mamá salió de la cocina, la gata regresó a su canasto. Y yo me quedé sola para imaginar lo que me esperaba.

Seguramente, ese horrible Juanjo iba a devorar las cocadas. Y los pedacitos de merengue se quedarían pegados en los costados de su boca. También era seguro que iba a dejar sucio el jabón cuando se lavara las manos. Iba a hablar de su perro con el único propósito de desmerecer a mi gata.

Pude verlo transitando por mi casa con los cordones de las zapatillas desatados, tratando de anticipar la manera de quedarse con mi dormitorio. Pero, más que ninguna otra cosa, me aterró la certeza de que sería uno de esos chicos que, en vez de hablar, hacen ruidos: frenadas de autos, golpes en el estómago, sirenas de bomberos, ametralladoras y explosiones.

—¡Mamá! —grité pegada a la puerta del baño.

—¿Qué pasa? —me respondió desde la ducha.

—¿Cómo se llaman esas palabras que parecen ruidos?

El agua caía apenas tibia, mamá intentaba comprender mi pregunta, la gata dormía y yo esperaba.

—¿Palabras que parecen ruidos? —repetió.

—Sí. —Y aclaré—: *Pum, Plaf, Ugg...*

¡*Ring!*

—Por favor —dijo mamá—, están llamando.

No tuve más remedio que abrir la puerta.

—¡Hola! —dijeron las rosas que traía Ricardo.

—¡Hola! —dijo Ricardo asomado detrás de las rosas.

Yo miré a su hijo sin piedad. Como lo había imaginado, traía puesta una remera ridícula y un pantalón que le quedaba corto.

Enseguida, apareció mamá. Estaba tan linda como si no se hubiese arreglado. Así le pasaba a ella. Y el azul les quedaba muy bien a sus cejas espesas.

—Podrían ir a escuchar música a tu habitación —sugirió la mujer que cumplía años, desesperada por la falta de aire. Y es que yo me lo había tragado todo para matar por asfixia a los invitados.

Cumplí sin quejarme. El horrible chico me siguió en silencio. Me senté en una cama. Él se sentó en la otra. Sin dudas, ya estaría decidiendo que el dormitorio pronto sería de su propiedad. Y que yo dormiría en el canasto, junto a la gata.

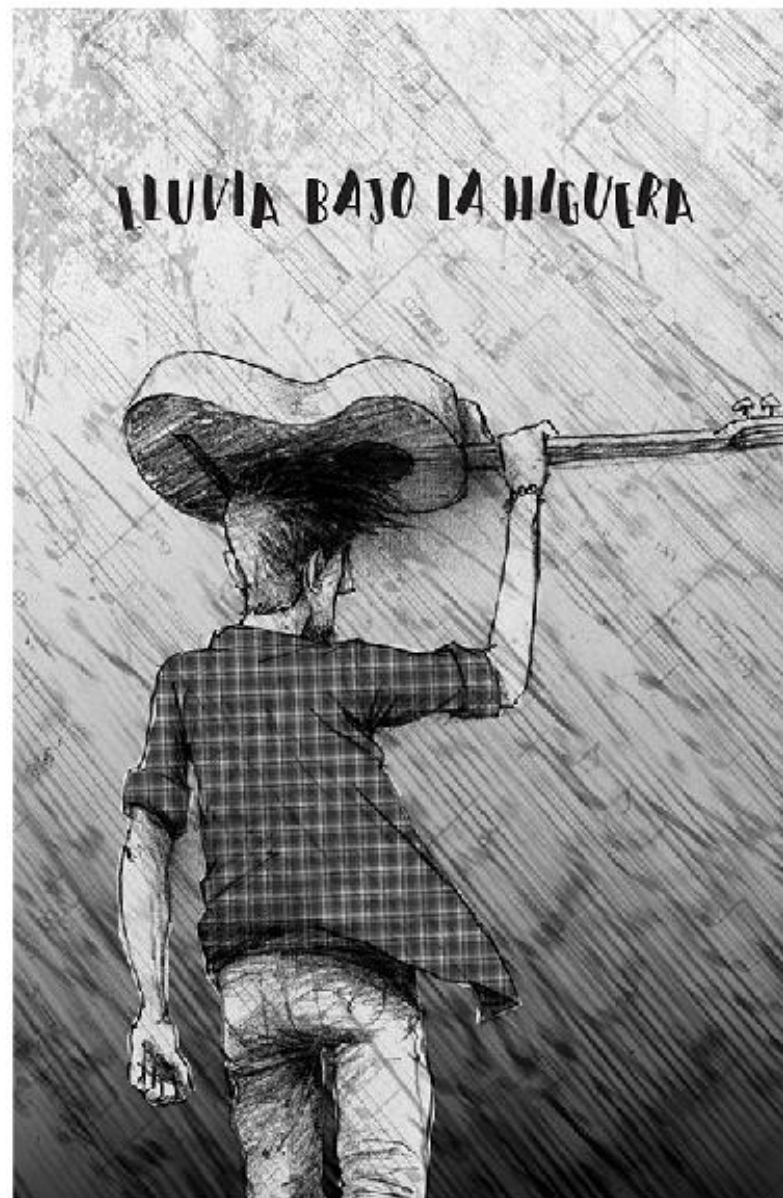
No puse música porque no tenía nada que festejar. Aquel era un día triste para mí. No me pareció justo, y decidí que también él debía sufrir. Entonces, busqué una espina y la puse entre signos de preguntas:

—¿Cuánto hace que se murió tu mamá?

Juanjo abrió grandes los ojos para disimular algo.
—Cuatro años —contestó.
Pero mi rabia no se conformó con eso:
—¿Y cómo fue? —volví a preguntar.
Esta vez, entrecerró los ojos.
Yo esperaba oír cualquier respuesta, menos la que llegó desde su voz cortada.
—Fue... fue como un viento —dijo.
Agaché la cabeza y dejé salir el aire que tenía guardado. Juanjo estaba hablando del viento, ¿sería el mismo que pasó por mi vida?
—¿Es un viento que llega de repente y se mete en todos lados? —pregunté.
—Sí, es ese.
—¿Y también susurra...?
—Mi viento susurraba —dijo Juanjo—. Pero no entendí lo que decía.
—Yo tampoco entendí. —Los dos vientos se mezclaron en mi cabeza.
Pasó un silencio.
—Un viento tan fuerte que movió los edificios —dijo él—. Y eso que los edificios tienen raíces...
Pasó una respiración.
—A mí se me ensuciaron los ojos —dije.
Pasaron dos.
—A mí también.
—¿Tu papá cerró las ventanas? —pregunté.
—Sí.

—Mi mamá también.
—¿Por qué lo habrán hecho? —Juanjo parecía asustado.
—Debe de haber sido para que algo quedara en su sitio.
A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligrá; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.
—Si quieres vamos a comer cocadas —le dije.
Porque Juanjo y yo teníamos un viento en común. Y quizá ya era tiempo de abrir las ventanas.





Las primeras discusiones entre papá y Guillo no preocuparon a nadie. Ni a mamá, ni a mí. Ni a papá, ni a Guillo. Lo más frecuente era que comenzaran a causa de un partido de fútbol y, después de atravesar por “Esos amigos tuyos no me gustan nada”, “Pero a mí, sí”, terminaran en el perro.

—Lo trajimos a casa porque te comprometiste a cuidarlo —decía papá.

—¿Así que también el perro es culpa mía? —Guillo siempre tenía argumentos.

Pero eso era todo; apenas una chispa.

Sin embargo, a partir de aquel verano, las cosas cambiaron. A lo mejor fue porque los dos ya tenían la misma estatura, y eso asustaba un poco. Lo cierto es que las palabras que se decían empezaron a oscurecerse, a ponerse agrias. Después, demoraban en irse. Y aunque mamá abriera de par en par la puerta del patio, con la esperanza de que se fueran, las palabras se quedaban dando vueltas por la casa. En poco tiempo, sin que nadie pudiera entender cómo había sucedido, las palabras estaban revestidas con alambre de púas. Por eso era imposible escucharlas sin lastimarse.

Recuerdo aquel verano como un portazo y después silencio. Recuerdo el color brillante de los gritos, la puerta retumbando contra el barrio que seguramente había estado escuchando. Y después, silencio.

Recuerdo aquel verano como una lágrima de mamá cayendo sobre la salsa: un ruido insignificante, un pozo diminuto en la espesura roja. Y después, la comida salada.

Puedo recordar aquel verano como una amenaza con música de fondo, el “Rock de la higuera”.

A Guillo le llevó todo el verano terminar ese rock. Lo recomenzaba una y otra vez, y nunca quedaba conforme. Lo sé muy bien porque lo escuché a escondidas. Él se sentaba a probar músicas al pie de la higuera sin imaginar que yo estaba sobre su cabeza, como un pájaro más en la fronda del árbol.

No es raro que aquel verano terminara en lluvia. Digo que no es raro porque mi hermano y la lluvia se parecían un poco: eran inevitables; llegaban, ensuciaban y se iban; se adueñaban del mundo y yo tenía que mirar desde adentro. Y cuando demoraban en llegar, mamá se acodaba en la ventana y hablaba con Dios: “Ya es hora de que caiga una lluvia”, “Ya es hora de que Guillo vuelva de la calle”.

Sin embargo, para hablar de Guillo... o mejor, para hablar del verano en que Guillo compuso el “Rock de la higuera” es necesario mencionar su guitarra. Sus guitarras, porque le compraron una nueva cuando cumplió catorce años. ¡Por lo que me importó! Si ni siquiera le pedí que me regalara la otra, la que ya no iba a usar...

—Podrías regalarme la otra —le pedí—. Total, ya no la vas a usar.

—Ni loco —me contestó.

¡Por lo que me importaba!

Mi hermano dijo “ni loco”, y siguieron pasando los veranos. Pasó un verano. Pasaron dos, tres.

Guillo tenía diecisiete, yo tenía once. Y la higuera del patio, según decía mamá, tenía más de cuarenta.

Fue ese verano, diecisiete, once y más de cuarenta, cuando mi hermano tomó la costumbre de sentarse bajo la higuera a insistir con un rock que quería quedarse adentro de la guitarra. El mismo verano en que papá tomó la costumbre de irse dando un portazo. El mismo triste verano en que Guillo y papá tomaron la costumbre de odiarse.

—No digas eso. —Mamá se enojaba conmigo—.Ellos no se odian. Solamente...

—¿Solamente...?

—Solamente, no pueden ponerse de acuerdo.

Yo ya había pasado la edad de preguntar por qué, por qué, por qué. Mamá, en cambio, estaba llegando a la edad de responderlos.

—Porque tu hermano cambió mucho, de la noche a la mañana. —Y hasta ahí le alcanzaba la voz.

Entonces, me acariciaba la cabeza como pidiéndome que yo no les hiciera lo mismo; que no se me fuera a dar por cambiar sin pedir permiso.

La primera vez que espí el rock de Guillo lo hice sin querer. Estaba sentado adentro de la higuera, intentando ponerme a salvo de la siesta, cuando lo vi acercarse. Mi hermano traía su guitarra.

Guillo se sentó a los pies del árbol, entre las raíces que sobresalían, y se apoyó contra el tronco rugoso. En ese momento, tuve que elegir entre ser el de siempre: asustarlo, escupirlo, bombardearlo con higos maduros. O ser otro, y quedarme callado. Ahora sé que elegí el silencio para ver si le descubría los secretos. Me quedé esperando que Guillo cometiera algún horrible pecado. Algunos de esos horribles pecados gracias a los cuales había logrado transformarse en el centro de la casa, del almuerzo, del silencio y de los gritos. Pero mi hermano tenía un rock en la cabeza.

Un día me despierto

y es abril.

Un día me confundo...

Guillo se tropezaba con las notas, *un día me despierto*. Rasgueaba la guitarra sin convicción, *un día me confundo*. Le sobraba música o le faltaba letra. Sin embargo, seguía empecinado con abril. No cambiaba de mes por nada del mundo. Desde arriba, lo oí decir que no, que no sonaba bien. Estuvo un rato en silencio, y después volvió a empezar. *Un día me despierto y es abril...*

Desde esa tarde, me trepé a la higuera sin ninguna inocencia. Apenas veía que mi hermano rondaba su guitarra, salía corriendo a encara-

marme en mi rama de siempre. Y allí me quedaba, agazapado, a la espera de descubrir sus secretos y sus pecados.

Las siestas pasaban sin que nada especial sucediera bajo la higuera del patio. A pesar de mi paciencia de santo, y de mi silencio de asesino al acecho, no conseguía el merecido premio de ver algo horrible. Lo único que mi hermano hacía era tropezarse en el estribillo de su rock. Y no sé si él, su guitarra o su estribillo, pero algo se iba alejando.

Siempre que papá y Guillo estaban juntos, la casa olía a pólvora. Algo estaba a punto de estallar. Mamá, que quería evitar el desastre con comentarios absurdos sobre el auto nuevo de los vecinos, no conseguía nada. O casi nada. Yo simplemente esperaba; incapaz de adivinar dónde iba a empezar el fuego. De lo que estaba seguro era de que, fuese cual fuese el origen, todo iba a terminar en un infierno. Por lo menos, eso era lo que decía mamá después del portazo:

—Esto es un infierno.

Finalmente, hubo un día que sonó como una bofetada. Era domingo y estaba nublado.

Todo parecía suceder con normalidad. La comida esmerada de mamá ya estaba lista. Como cada domingo, papá exigía que estuviéramos los cuatro sentados a la mesa. Y yo me deleitaba en la difícil tarea de despertar a Guillo, que se había acostado poco rato antes.

La salsa olía como para deshacer toda furia; olía como para perdonar las ofensas recibidas y por recibir. Y en el momento de embeber el pan, cualquiera sentía deseos de reconciliarse con el mundo.

Cualquiera, menos papá y mi hermano. Porque a ellos, a lo mejor a causa del ají, les sucedió al revés.

Primero fue un comentario con forma de dardo que voló de un lado al otro de la mesa:

—¿Cuál es tu plan para hoy, Guillo? ¿Dormir, almorzar y volver a dormir...?

Guillo devolvió un silencio absoluto: dardo envenenado con indiferencia.

—Guillo, tu padre te está hablando —dijo mamá, en otro de sus desesperados intentos de pacificadora.

—Ya lo escuché.

—¿Y si me escuchaste por qué no contestás...? —Papá apartó el plato a medio terminar. El mensaje era claro: “Perdí el apetito; pero esto no se termina aquí”.

Por toda respuesta, Guillo se levantó con mucho ruido de silla y se fue a su dormitorio. Papá lo siguió con un gesto en su rostro que jamás le había visto. Mamá se fue tras los dos. Yo me quedé en mi sitio, comiendo de miedo.

Fue por eso que solamente pude escuchar la discusión que terminó en lluvia.

De papá a Guillo y de Guillo a papá, iban y venían palabras elegidas para herir. Reproches sucios de tierra vieja. Y cada vez más, y peor, y era igual que un tren cuesta abajo... Hasta que ya, sin mejores razones, le llegó el turno al tatuaje de Guillo.

—¿Y yo tengo que aplaudir esa porquería que te dibujaste en el brazo?

Le llegó el turno a la corbata de papá:

—¿Y yo tengo que aplaudir la corbata que usás?

—Gracias a esta corbata...

Escuché, sin ver, el gesto absurdo de papá. Digo que escuché cuando mi papá se llevó la mano al cuello sin recordar que era domingo y no tenía puesta su corbata.

Ese gesto equivocado debe de haber hecho que se sintiera ridículo... Quizá por eso cometió el error de seguir hablando:

—Gracias a la corbata que me pongo todos los días, te das el lujo de hacerte el músico.

Esas palabras deben de haberlo avergonzado; por eso cometió el error de mentir:

—¡Y dije... hacerte! ¡Hacerte...! Porque ni para músico te alcanza.

Hubo un silencio triste. Creo que por no llorar, mi hermano habló con burla:

—Y a vos... ¿para qué te alcanza?

No es posible adivinar qué cosas le pasaron a mi padre por la memoria. Pero lo que haya sido, se transformó en bofetada. Una bofetada definitiva, de hombre a hombre, que pareció destruir el regreso.

Papá salió de la casa dando un portazo. Y mamá, mucho más sabia de lo que ella misma imaginaba, se fue a levantar la mesa para que la vida siguiera su curso.

Cuando vi a Guillo rondando su guitarra, corrí a esconderme en la copa de la higuera.

Aquel domingo, para mi asombro, mi hermano salió del estribillo. Y cantó sin una sola duda; tal como si alguien le estuviese dictando.

La primera estrofa tenía algo que ver con su garganta.

*Ser feliz es algo
que no me sale bien,
me ampolla la garganta.*

En la segunda estrofa, Guillo se la agarró con el patio.

*Yo estaba en el patio de atrás
de la nada...*

En cuanto a la tercera... ¡Esa sí decía la verdad!

*Con la próxima lluvia me voy
aunque lloren.
Con el próximo llanto me voy
aunque llueva.*

A la mañana siguiente me desperté con ruido de aguacero. Caminé por el pasillo hasta el dormitorio de mi hermano. Abrí la puerta sin golpear y vi que no estaban ni él ni su guitarra.

Fui a la cocina y tampoco. Mamá preparaba el desayuno en silencio. No hizo falta preguntar nada.

Y bien, ¿qué sucedió después? Sucedió la vida; así de simple y de complicado.

Mi hermano no se perdió en la inmensidad del Amazonas. No se transformó en un charco de alcohol ni se quedó de pie en una esquina de la ciudad. Tampoco se hizo jefe de bandidos ni bandido sin jefe.

En realidad, se fue a la casa de la abuela, y en unos meses estuvo de regreso. Después, volvió a irse. Después sí, después no... Y siempre con su guitarra.

Tampoco su reconciliación con papá tuvo los colores de Hollywood. No fue mi padre detenido a la orilla del mar y Guillo llamándolo a sus espaldas. Papá girando en primer plano. Rostro de Guillo. Entran viento y música. Abrazo en cámara lenta con letras subiendo por la pantalla.

No sucedió nada parecido.

Guillo y papá se fueron reconociendo de a poco. Cediendo uno y otro, como el laurel y el tomillo en las salsas de mamá.

Un día, yo estaba sentado bajo la higuera tocando, sin ninguna gracia, la guitarra que Guillo me había regalado; esa que ya no usaba. Papá se asomó por la ventana que daba al patio para decirme algo:

—¿No te parece que con un músico en la familia tenemos bastante? Así de simple. Así de complicado.

Rock de la higuera

*Ser feliz es algo
que no me sale bien,
me ampolla la garganta.
Pero insisto
en buscarme una sonrisa.*

*Un día me despierto, y es abril.
Un día me confundo.
Un día me despierto, y ya me fui.*

*Yo estaba en el patio de atrás
de la nada,
esperando a nadie.
Pero nadie
dormía en otro lado.*

*Un día me despierto, y es abril.
Un día me confundo.
Un día me despierto, y ya me fui.
Con la próxima lluvia me voy
aunque lloren.*

*Con el próximo llanto me voy
aunque llueva.
Con la próxima lluvia no estoy.*

Guillo





Ellos vendían caramelos de fruta en los bares. Y, algunas veces, estampitas de la Virgen. Pero las estampitas no eran para vender sino para pedir colaboración. Aunque la verdad es que resultaba mejor con los caramelos. Y mucho mejor si los ofrecía Magui, porque era chiquita y tenía ojos grises. A Tomás, la calle le había enseñado que los ojos grises vendían más que los ojos marrones.

Los dos hermanos tenían su clientela fija: viejos hombres de bar que compraban caramelos y los olvidaban en sus bolsillos. Los viejos hombres de bar no podían comer caramelos porque tenían la boca ocupada con cigarrillos negros y palabras para arreglar el mundo. Tomás solía pensar que, cuando los bares cerraban, los viejos hombres permanecían inmóviles, con el cigarrillo a medio terminar, la palabra a medio pronunciar y la taza de café a mitad de camino entre la mesa y los labios. A la mañana siguiente, el sonido de la persiana metálica los ponía en funcionamiento.

Era sábado... Tomás y Magui terminaron de vender sus caramelos mucho antes de lo acostumbrado. ¡Buena suerte que las personas anduvieran ese día con ganas de masticar azúcar!

Los niños empezaron a caminar hacia la estación de trenes. Cada una hora, salía el tren que los dejaba más allá de los suburbios industriales. En un lugar donde las calles no tenían nombre y las casas no tenían vidrios.

Tomás iba pateando la cajita de cartón vacía donde habían estado los caramelos. De pronto, Magui se detuvo.

—¿Qué hay? —preguntó su hermano.

Magui señaló en dirección a la plaza que tenía juegos.

—Quiero ir al tobogán —dijo.

—Mejor nos vamos —contestó Tomás, pensando que llegaba a tiempo para jugar un rato a la pelota.

Magui sacudió la cabeza para decir que no, que por favor, que fuera bueno. Magui sacudió la cabeza, y su hermano entendió por qué la gente le compraba caramelos.

—Está bien... —aceptó.

Era sábado y mediodía de otoño. La plaza estaba casi desierta. Solamente había un niño, con una mujer que lo cuidaba.

Magui corrió hasta el tobogán. Tomás, en cambio, se sentó en un banco de cemento. Él ya estaba grande para esas cosas. Tenía ganas, pero mejor que no. Porque si llegaba a verlo algún otro de la calle le iba a gritar de todo; y encima iba a andar diciendo que Tomás era nena.

Tomás se acurrucó en el banco, del lado del sol. Tanteó la bolsita que su madre le ataba a la cintura, debajo de la ropa, para que guardara la ganancia. ¡Qué suerte que ese sábado las personas anduvieran con ganas de masticar azúcar!

Magui se deslizaba por el tobogán agarradita de los costados. Y claro, era chiquita. No iban a compararla con él que se tiraba con un envión, daba una vuelta completa en el suelo y se levantaba sin apoyarse en las manos.

El sol de otoño a la hora de la siesta era como un zumbido.

Ahí estaba Magui subiendo de nuevo la escalera del tobogán. Ahí estaba el chico con su abuela. ¿Era su abuela o su mamá? Más bien parecía su abuela...

Tomás no quería dormirse, pero el sol quería que se durmiera. Lo envolvió en una manta con olor a aire libre, le trajo buenos sueños desde allá arriba. Y, en pocos minutos, le ganó la pelea.

Dormido, hecho un ovillo, Tomás estuvo soñando cosas lindas. Sueños muy distintos a la vida. Tan pero tan distintos como unos ojos grises de unos ojos marrones.

Sin embargo, no debió dormir mucho tiempo. Porque cuando despertó, el sol estaba en el mismo lugar y los pinos de la plaza tenían la misma altura. Lo único diferente era que el niño y su abuela se habían marchado. Tomás se restregó la cara y miró el tobogán: Magui no estaba.

Llevaba algunos años vendiendo caramelos por los bares; más precisamente la mitad de su vida. Y había aprendido que en las calles nada desaparece porque sí.

—¡Magui! —llamó—. ¡Magui!

Lo primero que hizo fue recorrer la plaza por si a Magui le había dado por esconderse atrás de algún árbol. Pero no. A lo mejor, detrás de los arbustos podados con forma de paraguas. Tampoco...

El monumento era un buen lugar, con caballos y todo. Seguramente Magui estaba calladita detrás de un soldado. Tomás miró los rostros de aquellos militares de metal a ver cuál de todos aguantaba la risa para no descubrir el escondite. Dio un vuelta completa al monumento, con los dedos cruzados y el corazón golpeando fuerte. Pero Magui tampoco estaba allí.

Tomás miró hacia todos lados. Nunca la ciudad le había parecido tan grande. Tal vez por eso, él eligió las calles familiares.

En su esquina de siempre, encontró al lustrabotas que los conocía.

—Don, ¿no la vio a la Magui?

—¿A tu hermanita? —encogió los hombros—. No.

Tomás siguió en dirección a los bares donde vendían. Entró en cada uno. Y en todos repitió la misma pregunta:

—¿No vieron a la Magui?

Los viejos hombres de bar parecían preocuparse. Hasta le preguntaron cómo había pasado, y quisieron saber dónde se había perdido. Pero ninguno abandonó su silla.

Al principio, Tomás solo preguntaba... Después, espío para ver si su hermana estaba adentro de las tazas de café con leche. Para ver si, de tan flaquita que era, se había metido entre el pan de los sándwiches que la gente devoraba sin pena.

Un viejo hombre de bar leía el periódico. Tomás se detuvo en seco porque creyó reconocer a Magui en una foto. Se puso a espaldas del hombre para mirar bien. Y entonces comprendió que se había equivocado; no era Magui la que miraba desde el papel. De todos modos, se empeñó en leer las palabras escritas sobre la foto: “Cifras negras. Aumenta el número de niños desaparecidos”.

Cuando terminó con los bares que conocía, Tomás empezó a caminar más rápido. Observó la expresión de las personas que pasaban a su lado. Miró el interior de los autos, buscó en las vidrieras. Dobló la esquina y empezó a correr. Se detuvo en el puesto de revistas. ¿No vio a la Magui? Corrió a la parada de taxis. ¿No la vieron? Siguió corriendo... Cruzó con el semáforo encima. Iba esquivando gente y atropellando gente.

—Doña, ¿no vio a la Magui? Señor, ¿no vio a la Magui?

Llegó corriendo a la estación de trenes.

—Tiene ojos grises, ¿nadie la vio?

Nadie la había visto.

Las personas atiborraban los vagones. Y los trenes partían como si no les importara que Magui se hubiese perdido.

Tomás se alejó también, corriendo sin aire. No necesitaba aire para correr.

De pronto, maravillosamente azul y rojo, Tomás vio a Superman en un enorme cartel de propaganda.

Cualquiera sabe que Superman vuela sobre la ciudad y lo ve todo: nadie mejor que él para ayudarlo. Tomás se paró en puntas de pie para hablarle desde más cerca:

—Caramelos de fruta... ojos grises. —Eran las palabras de su tristeza —: Me quedé dormido, se me perdió...

Pero Superman no pareció escucharlo. Habló en otro idioma. Y se fue volando, cartel adentro, tras unos malos de mentirita.

Lo único posible era seguir corriendo, sin sentido, sin aire, sin rodillas. Tomás no necesitaba rodillas para correr.

La calle que eligió terminaba en el hospital. A lo mejor, detrás de esos muros gruesos, estaba su hermana con dolor de panza.

Pasó por la puerta giratoria, pero no le dieron ganas de jugar. Un olor picante le punzó la nariz. Preguntó y preguntó:

—¿Acá está la Magui con dolor de panza?

Los de blanco no sabían. Los de celeste, tampoco. En todos los pasillos, una mujer lo hacía callar con un dedo sobre los labios.

—Es que estoy buscando a mi hermana —explicaba Tomás.

—Silencio, hospital —respondía ella.

Tomás salió de allí. Atardecía con frío. Su carrera lo llevó hasta una zona desvencijada de la ciudad. Atravesó baldíos, se tropezó en las baldosas sueltas, sin sentido, sin aire, sin rodillas...

El basural lo llamaba. Tomás se metió a revolver lo que el mundo había tirado. No tuvo miedo, ni asco. Encontró un muñeca sin brazos, pero Magui era más linda. Encontró cáscaras de manzana, pero Magui era más dulce. Un pedazo de pan, pero Magui era más buena.

La noche se había terminado de cerrar. Y él ya estaba muy cansado.
—¡Magui! —llamó, susurró—: Magui, si te encuentro nos vamos a la casa a tomar sopa.

El basural lo escuchó en silencio.

En un bar de la ciudad, había un periódico olvidado en una de las mesas.

“Cifras negras...”. Pero los soldados del monumento no pudieron defenderla.

“Un importante número de organizaciones internacionales hicieron público un documento estremecedor...”. Pero la gente seguía tomando café con leche.

“Ha crecido de manera dramática el número de niños robados”. Y los trenes partían.

“Los niños que trabajan en la calle son las principales víctimas de estos crímenes”. Pero a Superman no pareció importarle.

“Por cada día que estas soluciones demoren en llegar, habrá niños que ya no regresen a sus casas”. El hospital no tuvo tiempo para escucharlo.

“El documento puntualiza, también, que el precio que se paga por estos niños...”.

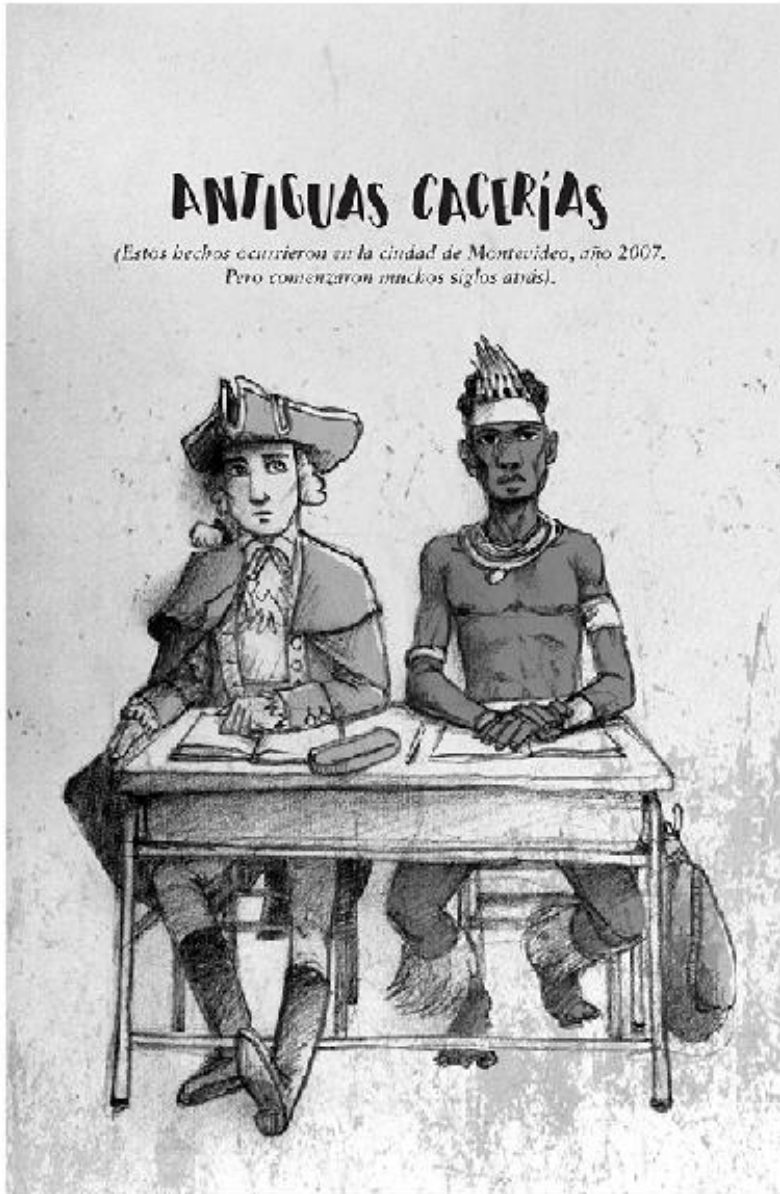
Al fin, Tomás se sentó, rodeado por la noche hostil del basural. Apoyó la cabeza sobre sus rodillas y se cubrió con los brazos. Como si los brazos fueran el techo de una casa.

Sin Magui junto a él, la intemperie dolía más que nunca.



ANTIGUAS CACERÍAS

*(Estos hechos ocurrieron en la ciudad de Montevideo, año 2007.
Pero comenzaron muchos siglos atrás).*



Se trataba de los nombres más extraños en la lista de alumnos de primer grado.

Muchos niños todavía lloraban la ausencia de sus madres, que acababan de dejarlos por primera vez en la puerta de la escuela. Otros miraban con los ojos muy abiertos aquella aula desconocida. Para detener tanto desconsuelo, la maestra comenzó con las presentaciones.

—Mi nombre es Alicia —dijo. Y caminó entre sus alumnos—: ¿Cuál es tu nombre? ¿Y el tuyo...? ¿Cuál es tu nombre?

Preguntando así, la señorita Alicia llegó hasta el niño de ojos azules y pecas rojizas.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cées Vondel.

—Es muy lindo. —La señorita Alicia repitió en voz alta para que todos escucharan bien—: Él se llama Cées.

Cuatro bancos después, le tocó el turno al niño de piel oscura y pelo ensortijado.

—¿Cuál es tu nombre?

—Kamba Maï.

—¡Kamba! —repitió la señorita Alicia. Y agregó otra vez—: Es un hermoso nombre.

Cées Vondel y Kamba Maï eran nombres que evocaban paisajes lejanos. Uno sonaba a mar. El otro sonaba a tierra roja.

Aquel primer día de clases empezó la amistad. Por entonces, ni ellos sabían el origen de sus nombres. Tampoco sabían por qué causa se los habían puesto.

En los años siguientes, Cées Vondel y Kamba Maï asistieron a la misma escuela. Sus nombres seguían siendo los más extraños en la lista de alumnos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cées.

—¿Cuál es tu nombre?

—Kamba.

En segundo grado, Cées y Kamba se sentaron en el mismo banco, compartieron los lápices de colores y los recreos.

En tercer grado, los dos niños pudieron responder cuando la señorita les preguntó por el origen de sus apellidos.

—Holandés —dijo Cées Vondel.

—Bantú —dijo Kamba Maï.

La maestra de cuarto grado fue un poco más lejos. Y les pidió a los niños que averiguaran con sus padres la historia de aquellos nombres.

Aquel viaje del año 1792 era especialmente importante. El barco del capitán Vondel traía un cargamento valioso. Hombres y mujeres jóvenes y sanos, algunos niños. Y además, un príncipe. ¡Un príncipe africano podría venderse en América por muchas monedas de oro...!

En su corazón, el capitán Céés Vondel admitía estar frente a una de las peores tormentas que le había tocado atravesar durante su vida de marino. Sin embargo, jamás sus hombres iban a notar que estaba atemorizado. Por el contrario, el capitán Céés Vondel aparentaba un buen humor que estaba lejos de sentir:

—¡Sopla, ruga, brama! —le decía a la tormenta—. Que, mientras tanto, yo me río.

Kamba Maï se incorporó en la cama. Su amigo estaba frente a la ventana, envuelto en una manta. Riendo a carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Kamba.

Céés giró sobresaltado. Y no respondió nada.

—¿Por qué te estás riendo? —volvió a preguntar su amigo.

—No sé... Me parece que estaba dormido. Y soñaba.

—¿Cómo era el sueño?

—No sé.

Céés Vondel regresó a su cama. Unos minutos después, los dos niños dormían con ruido de lluvia.

Para alegría de los niños, el día siguiente amaneció soleado. De todos modos, dijo la señora Vondel, no irían a la playa sino hasta la tarde, cuando el sol calentara un poco más.

Kamba y Céés optaron por jugar en los alrededores de la casa. Unas lomas con árboles eran un buen sitio para encontrar algo divertido para hacer. Por ejemplo, buscar los insectos que salen después de la lluvia. Los niños decidieron hacerlo por separado. Luego se reunirían a considerar sus tesoros. Posiblemente los harían enfrentarse, insecto contra insecto, en un área de combate limitada por pequeñas piedritas.

Céés y Kamba se separaron. El cielo, que tan limpio había amanecido, comenzaba a oscurecerse por el Sur.

Céés Vondel optó por buscar entre las raíces salientes de los árboles. Y debajo de las piedras.

Kamba Maï prefirió adentrarse en unos matorrales muy altos. Una vez dentro, comenzó a caminar mirando el suelo, en busca de sus insectos gladiadores. Entonces una fuerte ráfaga de viento sacudió el matorral, que superaba bastante la altura del niño. Sin saber muy bien por qué, Kamba se acuclilló y se quedó inmóvil. Era como si alguien lo estuviese buscando para hacerle daño, como si estuviese perseguido. En todo caso, como si la persona que andaba por allí no fuese su mejor amigo, sino un extranjero feroz.

Kamba Maï era un príncipe honrado y amado por su gente. Desde muy joven condujo los destinos de su pueblo y llevó con orgullo las insignias del clan al que pertenecía: el escudo, la piel de animal sagrado y las armas.

Kamba Maï había defendido a los suyos contra todos los males. Al menos, eso creía. Pero la llegada de aquellos cazadores de esclavos lo estaba dejando sin corazón. Por meses, desde el arribo del temible capitán holandés, muchos hombres y mujeres desaparecían. El príncipe Kamba Maï sabía que eran cazados con redes y encadenados. Cuando la cacería fuera suficiente, los cargarían a bordo del barco para llevarlos a un mundo sin color. Allí los venderían según la estatura, la fuerza y el estado de los dientes. Allí los transformarían en sombras, en sombras con huesos, en huesos sin alma.

La osadía de los cazadores de esclavos era tanta que al fin se atrevieron a atacarlos en su propio poblado. El ataque fue sorpresivo. Los hombres jóvenes y los hombres viejos intentaron defenderse, pero nada lograron contra las armas de los cazadores. Detrás de la última línea de maleza, el príncipe Kamba Maï esperaba su suerte. En poco tiempo más llegarían hasta él los cazadores blancos. Pero algo había decidido... No se dejaría atrapar sin dar batalla.

—¡Aquí estás!

Un rostro blanco y sonriente se asomó entre la maleza.

—¿Por qué estás ahí? No estábamos jugando a escondernos —dijo Céés—. ¿Encontraste insectos para luchar?

Kamba Maï no respondió. Su amigo siguió hablando

—¡Vamos, Kamba! ¡Vamos a jugar! Yo encontré un escarabajo azul.

Kamba, el niño de piel oscura y pelo ensortijado, pareció regresar de algún sitio remoto. Se levantó. Sacudió su ropa. Y caminó detrás de su amigo.

El sol no duró demasiado. Al mediodía, la playa estaba gris y ventosa.

La señora Vondel les dijo que no estuvieran tristes. Por suerte, habían traído muchos juegos. Y con seguridad, la mañana siguiente sería soleada.

Cuando los padres de Céés se retiraron a descansar después del almuerzo, les pidieron a los niños que permanecieran jugando en la habitación. Céés y Kamba asintieron de mala gana. Y subieron la escalera empinada que los llevaba a la habitación más alta de la casa.

Aquella tarde nada los entretenía. Solo el mundo de afuera tenía atractivo para ellos.

—Mis padres duermen una siesta larga en las vacaciones —dijo Céés—. No van a darse cuenta si salimos un rato.

Kamba Maï estaba de acuerdo. Y sonrió para demostrarlo.

Un rato después, Céés y Kamba caminaban por la orilla del mar. No había nadie en la playa; a excepción de algunos enamorados y algunos atletas, que pasaban sin mirarlos.

Los niños llegaron adonde el mar chocaba contra una alta pared de roca. Treparon por ella y continuaron avanzando. No tenían frío ni apuro. No tenían presentimientos ni miedo. Al fin, llegaron a un sitio

donde el mar se arremolinaba, encajonado entre paredes rocosas. Justo entonces, comenzaba a llover. Y hasta los enamorados y los atletas volvían a sus refugios.

Todos los seres buscaban cobijo. En cambio, Céés Vondel y Kamba Maï estaban sumergidos en su libertad.

—Bajemos para tocar el agua —dijo uno.

—Bajemos —asintió el otro.

Las paredes rocosas estaban ennegrecidas por diminutas plantas acuáticas. Abajo, el mar ejercía su poder. Arriba, el cielo lloraba. Cada uno por su lado, aunque cerca, los niños descendían.

Kamba Maï ya estaba a unos pasos de alcanzar una saliente en la que sentarse, de modo tal que sus pies tocaran el agua.

Entonces, hubo un encadenamiento de pequeños hechos, como cuentas hilvanadas en el collar de la desgracia. Una gaviota que se detuvo y llamó la atención de Kamba Maï, una piedra floja, el ángulo del pie al apoyarse, una acumulación de musgos donde las manos intentaron aferrarse. Y en un segundo, todo era diferente.

La realidad cambiaba su telón de fondo. Instantes atrás, era una tarde de juegos. Ahora, un niño había caído en un profundo pozo de mar, rodeado de paredes rocosas que no podía trepar.

La primera reacción de Céés Vondel fue la completa inmovilidad. Después buscó a su alrededor... No había nadie a la vista. Abajo, su amigo intentaba sostenerse a flote. Y le pedía ayuda.

—¡Hombre al agua...! —advirtieron los centinelas del barco que navegaba rumbo a las costas de América del Sur.

Amanecía. La tormenta que la noche anterior había tenido en alerta a toda la tripulación estaba agotada. No hacía mucho que el capitán Céés Vondel descansaba, cuando despertó a causa de las voces.

—¡Es el príncipe africano! —gritaban sus hombres—. ¡El príncipe se arrojó al agua!

El capitán Céés Vondel no demoró nada en abandonar su camarote y subir a cubierta.

El príncipe Kamba Maï, que había logrado deshacerse de sus cadenas, elegía perderse en las profundidades del mar antes que ser vendido en los mercados como un animal de carga.

El capitán holandés, sin embargo, no iba a permitir que un prisionero decidiera un destino distinto del que le correspondía. Por eso detuvo a sus hombres cuando estos se aprontaban a disparar sobre el príncipe africano. Intentarían capturarlo con vida... Si lo mataban, no harían más que ayudarlo a cumplir su deseo. El príncipe prefería morir. El capitán deseaba llevarlo a tierra firme como esclavo de alto precio.

—¡Una red...! —pidió el capitán—. ¡Traigan pronto una red de pesca!

Para entonces, el príncipe estaba a merced de un mar todavía nervioso después de la tormenta nocturna.

Salía el sol. Y hacía que toda la escena se viera dorada y roja. El capitán se colocó en posición. Iba a tirar la red, iba a pescar a un hombre. Y reía como solía hacerlo cuando deseaba disimular su miedo o su dolor.

—¡Disfruta de tu último instante de libertad, príncipe! —gritó el capitán Céés Vondel, aun sabiendo que era imposible hacerse escuchar por sobre el ruido del mar.

Clavó los ojos azules en el príncipe y advirtió:

—¡Ahí va mi red...!

—¡Toma mi mano! ¡Toma mi mano, Kamba! —decía Céés Vondel.

El niño había descendido y, acostado sobre el piso rocoso, se estiraba más allá de lo posible, intentando ayudar a su amigo.

—Un poco más —pedía—. Un poco más.

Kamba Maï, por su parte, luchaba por alcanzar la mano, las rocas, la vida. La cercanía de su amigo le había devuelto las fuerzas y la calma. Kamba sabía nadar, y Céés estaba cerca.

—¡Ya está...! —gritó Céés Vondel—. ¡No te sueltes, Kamba! ¡No te sueltes...!

La red cayó sobre el príncipe.

—¡Te atrapé! ¡Estás atrapado como un pez! —gritó el capitán Vondel. Y ordenó que remolcaran al prisionero.

Unos minutos después, el príncipe Kamba Maï y el capitán Céés Vondel estaban frente a frente. Ojos negros sobre ojos azules; los dos con la misma furia.

—Es mi trabajo —dijo el capitán.

—Es mi libertad —respondió el príncipe en su propia lengua.

—No puedo dejar que decidas tu suerte. Sería un mal ejemplo para los demás esclavos —dijo nuevamente el capitán Céés Vondel, que parecía menos feliz de lo esperado.

—Sale el sol —dijo el príncipe en su lengua.

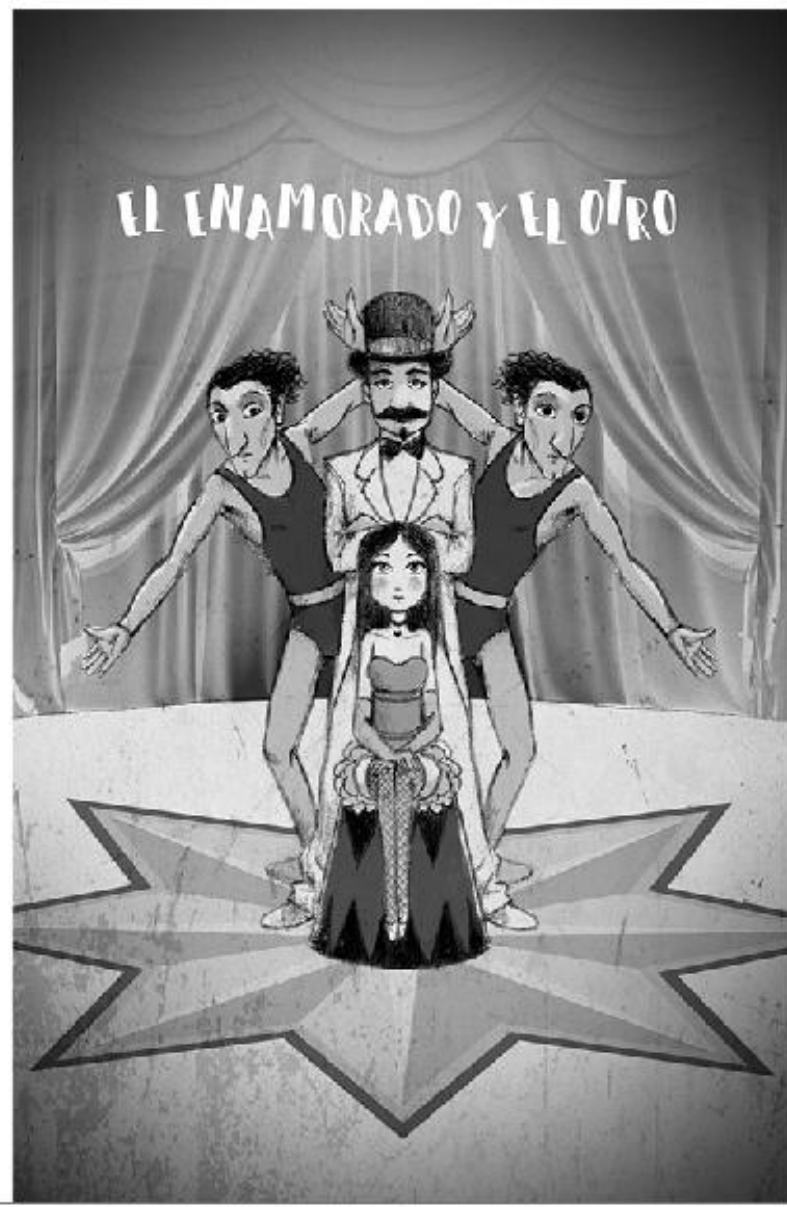
Céés Vondel y Kamba Maï caminaban, uno junto al otro, por una orilla de América del Sur. Aquel día de vacaciones había amenazado con transformarse en un dolor para toda la vida.

—Gracias —dijo Kamba Maï. Y agregó—: Tenía miedo.

—Yo también —respondió Céés Vondel.

Era urgente pasar a otra cosa. Kamba Maï señaló un espacio entre las nubes:

—Sale el sol —dijo.



Lucano, el grande, estaba sentado sobre un cajón de manzanas que alguien había olvidado en la pista mayor del circo.

Dos hombres lo acompañaban. Ambos eran delgados. Ambos tenían el cabello oscuro y ondulado. Nariz recta uno, nariz recta el otro. Ojos oscuros y ojos oscuros. Uno tenía un hoyuelo en medio del mentón; el otro, también. Un metro con setenta y tres centímetros de estatura, cuarenta y cinco centímetros de hombro a hombro.

Los dos hombres, idénticos desde antes de nacer, aguardaban junto a Lucano para conocer a la nueva asistente del acto de magia. La anterior los había abandonado sin aviso y hubo que buscar con urgencia una reemplazante.

—Han de estar vistiéndola con lentejuelas —dijo Lucano, que hablaba como un mago de cuento.

Los gemelos trabajaban en el circo realizando diversas tareas. Reparaban los daños eléctricos, se ocupaban de ciertos efectos de sonido. Y, en las peores funciones, se reían desde un rincón oscuro procurando contagiar al público mientras los payasos se daban bofetadas.

Sin embargo, había algo mucho más importante que todo eso. El motivo por el que los gemelos se habían incorporado al circo era su participación en el truco central de Lucano, el grande. Conocido como Sultán de la Magia.

Se trataba de un truco de muerte y resurrección que consistía en prenderle fuego a un desdichado que luego reaparecía intacto, ante el suspiro aliviado de la gente.

El circo donde Lucano trabajaba no tenía dinero para costear efectos especiales.

—Por eso —decía el mago—, a falta de las estructuras apropiadas con las que cuentan mis colegas afamados, a falta de pasadizos y de espejos, a falta de la bendita tecnología, bueno es tener un par de gemelos. Uno se incinera aquí y el otro reaparece por allá.

El número del hombre incinerado y vuelto a la vida sin una sola quemadura llevaba varios años de exitosa ejecución. Jamás una sospecha había siquiera rozado el estremecimiento que provocaba en los espectadores. Y siempre arrancó tantos aplausos como la *troupe* completa del circo era incapaz de conseguir.

A causa de las muchas repeticiones, el número había dejado de ensayarse tiempo atrás. Pero, por esos días, las cosas eran diferentes. El reemplazo de la asistente del mago obligaba a ensayar el acto de magia para que la función fuera perfecta.

El gran Lucano estaba explicándoles a los gemelos que la señorita reemplazante no tenía experiencia circense. Y que, en realidad, se trataba de la muchacha que preparaba café en un bar de las cercanías.

—¡Pero el arte se esconde en los sitios menos pensados! —afirmaba el mago a viva voz.

De estos asuntos hablaban el gran Lucano y los gemelos, cuando la reemplazante apareció en la pista vestida con traje de escena: zapatos rojos, medias negras con rombos, traje ceñido. Más su cabello lánguido y rubio.

—Buenos días —dijo uno de los gemelos.

El otro, ya irremediablemente enamorado, no fue capaz de pronunciar palabra.

—Bien, queridos míos —dijo Lucano con la voz brillante que usaba para dirigirse al público—. ¡Es hora de comenzar...!

La primera función del domingo estaba a pocas horas de distancia. Y había mucho que ajustar antes del debut de la nueva asistente.

—La primera en entrar eres tú... —El mago no conocía el nombre de la joven.

—Margarita —completó ella tímidamente.

¿Margarita?

Lucano frunció un poquito la nariz y se rascó la cabeza. Definitivamente, Margarita no era un nombre apropiado para un acto artístico de tal importancia.

—Veamos qué se puede hacer —murmuró pensativo.

Los gemelos y la joven asistente aguardaban la inspiración del mago.

—¡Ya está! Es cuestión de decirlo en francés. —Lucano habló con el acento apropiado—: ¡*Marguerite*! Desde ahora te llamarás *Marguerite*.

Y así, con Margarita convertida en *Marguerite*, comenzó el ensayo.

Esa misma tarde, un poco después de la hora anunciada, el elenco completo del circo recorría la pista a modo de presentación. Una voz en *off* acompañaba el inicio del espectáculo.

Detrás de las lonas, el mago, los gemelos y *Marguerite* ultimaban detalles.

Lucano aclaraba su garganta porque deseaba que el saludo saliera con el volumen y el brillo apropiados. *Marguerite* hacía crujir los dedos; nerviosa por la inminencia de su presentación artística. El enamorado procuraba tranquilizarla, mientras su hermano aflojaba los músculos preparándose para introducirse en la caja negra.

Por fin, la voz en *off* anunció el gran acto de magia.

Lucano y *Marguerite* entraron a escena tomados de la mano. Cuando la joven recorrió la pista con paso ágil y los brazos en alto, Lucano se dio la razón a sí mismo: “El arte se esconde en los sitios menos pensados”.

Las cosas estaban saliendo bien, muy bien, mejor que nunca. *Marguerite* iba y venía. Llevaba y traía naipes mentirosos, anillos que se transformaban en pañuelos de colores, y pañuelos de colores que desaparecían adentro de una manzana.

—Y ahora, maravilloso público —dijo Lucano—, un hombre va a ser incinerado ante vuestros incrédulos ojos.

El mago chasqueó los dedos. Y señaló al hombre que entraba al escenario acompañado por un haz de luz.

—Miren a este hombre con detenimiento —invitaba Lucano—. Obsérvenlo de pies a cabeza, puesto que pronto quedará prisionero en la caja que está frente a ustedes.

A esa altura, *Marguerite* ya se sentía como en su casa. Así que, mientras Lucano mostraba que la caja no tenía trampa alguna, ella desparramaba sonrisas y soplaba besos.

Después se hizo silencio. El hombre se introdujo en la caja, que, a la vista del público, fue severamente cerrada.

—Mi capa —pidió el mago.

Marguerite quitó la capa roja que colgaba de los hombros del gran Lucano, y se la entregó. El mago hizo girar la capa en el aire y la dejó caer sobre la caja. Realizó unos cuantos pases con ambas manos. Luego quitó la capa y se la devolvió a su bella asistente.

Para horror y encanto de la concurrencia, el gran Lucano derramó un hilo de combustible alrededor de la caja. Y, haciendo uso de una pequeña antorcha que *Marguerite* acababa de entregarle, inició el fuego.

Dentro de la carpa, las respiraciones se quedaron a mitad de camino: después de todo, un hombre podía estar sufriendo una muerte atroz en ese mismo instante.

El mago aguardó a que las llamas cubrieran por completo la caja. Para entonces, *Marguerite* le estaba acercando un extinguidor casero.

El gran Lucano apagó el fuego. Y con el taco de su bota deshizo los restos del incendio. Algunas personas del público se pusieron de pie para ver mejor. El hombre no estaba allí, ni vivo ni muerto. De pronto, un *spot* iluminó el trapecio más alto del circo.

Lucano, Sultán de la Magia, sabía sobre muchas cosas. Conocía la magia falsa y la magia verdadera. Podía conjurar en treinta y tres idiomas. Pero algo hubo que escapó a su sagacidad. Algo que arruinó la función de aquel domingo y dejó una mancha en su honra profesional. Lo que Lucano olvidó es que el amor transforma a las personas.

Uno de los dos gemelos gateaba bajo el escenario, que estaba bastante separado del suelo, hacia la parte trasera del circo. Su hermano, el idéntico, el enamorado, se balanceaba en el trapecio muy cerca del techo de la carpa.

—¡Desciende de inmediato! —ordenó Lucano. Y fue obedecido.

Apenas el hombre pisó la pista, y tomó la mano de *Marguerite* para realizar su paseo ante el público, se oyó un murmullo de descontento. Al principio, Lucano se mantuvo tranquilo. Sin embargo, más se mostraba el hombre y más crecía el murmullo.

—¡Eh, Lucano! —El murmullo se hizo grito—. No somos tontos.

—Ese no es el mismo hombre —protestó una mujer.

—¡Claro que no es el mismo! —afirmó un hombre sentado en la primera fila.

—¡No es el mismo, no es el mismo! —cantaron los niños.

—¡Eh, Lucano!, no somos tontos...

Indiferente a los insultos que comenzaban a caer como piedras del cielo, el enamorado miraba a *Marguerite*. Su hermano, el otro, se ocultaba detrás de los telones. Y Lucano intentaba seducir al público con su voz brillante.

Pero no hubo voz ni brillo que alcanzaran para convencer a la gente. Definitivamente, el hombre que estaba allí no era el mismo que se había metido en la caja negra.

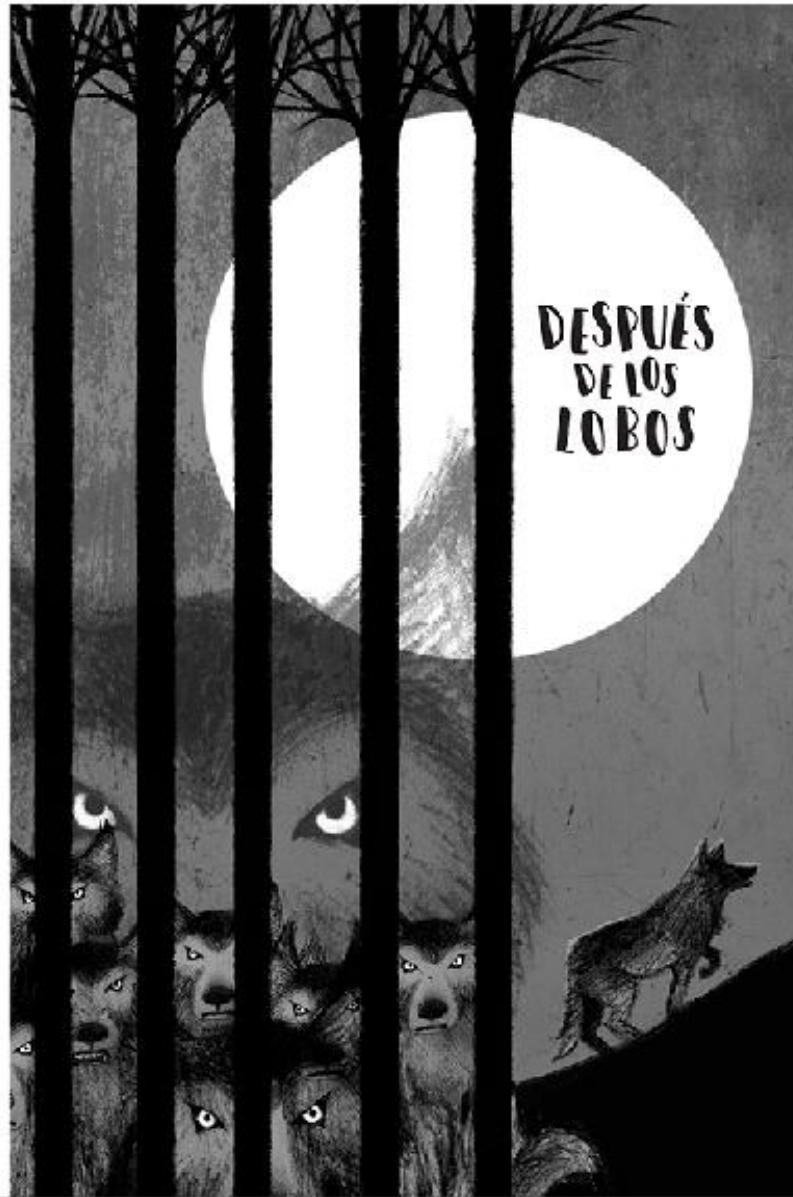
—Ni siquiera se parecen —aulló alguien.

Y era verdad. Porque el amor cambia a las personas.

—¡Eh, Lucano! Al menos, te hubieras buscado un par de hermanos.

Una ancianita de aspecto amable fue la primera en tirar un puñado del aserrín que cubría el suelo. Enseguida, muchos la imitaron. Al poco rato, aquello era una gritería y una lluvia de aserrín cayendo sobre el gran Lucano deshonrado.

Horas más tarde, cuando la fuerza pública había desalojado el lugar, cuando Lucano había agotado su caudal de lágrimas y lamentos, cuando llegó la noche y el aserrín terminó de caer, *Marguerite* y el enamorado seguían besándose en el centro de la pista.



Andan los lobos en manadas. Su ferocidad va delante de ellos y detrás van sus sombras, estiradas por el último sol del atardecer.

Primero la ferocidad, después los lobos, después las sombras; las manadas recorren los caminos del bosque.

Los árboles, que los conocen bien, saben que se acerca una muerte. Porque los lobos tienen hambre. Un hambre enorme y antigua, tal como si jamás hubiesen comido: ni ellos, ni sus padres, ni sus abuelos. Con las orejas alertas, los hocicos entreabiertos y los colmillos en su sitio, la manada va en busca de una presa.

Para que no se advierta su llegada, los lobos se mueven con precaución. Tanta precaución que, más que decir que no hacen ruido, habría que decir que hacen silencio.

El bosque sabe lo que va a suceder... Tarde o temprano, los lobos hallarán un animal indefenso, lo cercarán en una rueda de ojos amarillos y luego se abalanzarán sobre él. Un poco después, estarán aullándole a la luna para celebrar la cacería.

Van a hacerlo porque son lobos, y no ardillas, tortugas o ciervos. Y todos los lobos tienen un hambre armada de colmillos, caminan con sigilo y están enamorados de la luna.

Pero... (si no hay *pero*, no hay cuento) a veces las cosas cambian. Se sacuden.

Hace tiempo y más tiempo, en la gran manada de los lobos del mundo comenzó a suceder algo extraño.

Por aquí y por allá, en este bosque y en aquella pradera, nacieron algunos lobos que no quisieron, no supieron o no pudieron ser iguales a todos.

No quisieron, no pudieron, o no supieron... ¡Eso no es lo importante! Lo que realmente importa es que aquellos lobos se aburrían de tener hambre. Solamente tener hambre. Todo el día y la vida: cazar y seguir hambrientos.

Entonces, lentamente, comenzaron a cambiar sus costumbres. ¡Y terminaron haciendo cosas que a ningún lobo común y corriente se le hubiese ocurrido! Por ejemplo, dejaron de mirar la luna, y empezaron a mirar con curiosidad las luces de los fuegos que encendían los hombres.

Y bien, cuando sus compañeros notaron la diferencia, se inquietaron. Mejor dicho, *algunos* se inquietaron: “¿Qué sucedía con aquellos lobos... ¿Por qué se comportaban de esa ridícula manera?”

Otros, en cambio, se burlaron: “Vean estos lobos inútiles y débiles que no quieren tener hambre todo el día”.

Algunos desconfiaron: “¿Sería conveniente que aquellos lobos permanecieran cerca...? ¿Y si sus rarezas y sus tonterías eran contagiosas?”.

Finalmente, otros se enfurecieron: “¡No debemos aceptar esta insolencia!”. Y hasta amenazaron: “Si no se comportan igual que nosotros, recibirán un castigo”.

Con el tiempo, los animales que no querían, no sabían o no podían ser iguales al resto de la manada se fueron rezagando. La inquietud, las burlas y las rabias de sus compañeros crecían cada vez más.

Entonces, un buen día, aquí y allá, en esta pradera y en aquel bosque, ellos tomaron un nuevo camino.

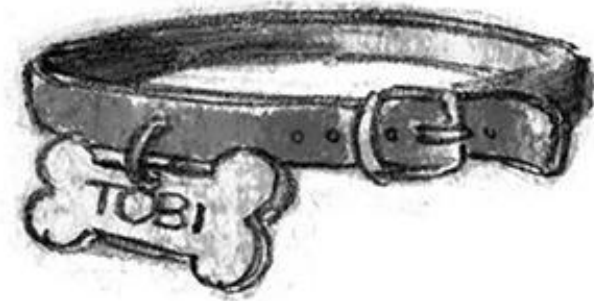
Los lobos en manada continúan andando por su propio sendero. Hambrientos, orgullosos y colmilludos; caminando con sigilo para atrapar una presa, aullándole a la luna llena.

Y quizá nunca sepan lo que nosotros sabemos...

Aquellos animales que se aburrían de tener hambre, siempre y solamente hambre, no eran inútiles, débiles o insolentes. Tenían otros sueños; eso sí. Por eso, un día cambiaron de sendero y de destino.

Ellos viven hoy más cerca de los hombres que de la luna. Y tienen los nombres que les pone el amor.

—Muy bien. Ya terminé mi pequeño cuento. ¡Vamos, Tobi, es hora de volver a casa!





A veces, los cuentos son retumbos y destellos de hechos ciertos. Contamos lo que ocurrió. Otras veces, los cuentos son pedazos de sueños. Contamos para que ocurra.

El soldado fue tomado prisionero en los últimos días de la guerra. Y aguardaba su destino en un campamento enemigo situado muy cerca del mar. Ese mismo amanecer había escuchado los sonidos de una escaramuza lejana. Sin embargo, no alentaba esperanzas en su corazón. Nadie vendría a rescatarlo... Pertenecía al ejército derrotado, y solo podía recordar muertos.

La guerra que estaba terminando se parecía a cualquier otra. Corrió la gente hacia el horizonte pero el horizonte era un abismo. El campesino sacudió el árbol de naranjas y, en vez de frutos dorados, cayeron pájaros sin alas. Se despertó una niña sobre un lecho incendiado. Las fotos se quedaron solas porque ya no había nadie que supiera sus nombres.

El prisionero caminó hacia la orilla del mar seguido de cerca por un soldado que lo custodiaba. El soldado tarareaba una canción que el prisionero no podía comprender. Y, aun así, pensó que aquella no parecía una canción de victoria.

Cuando llegaron a la orilla, el soldado señaló el agua. Por primera vez en muchos días, el prisionero tuvo ganas de sonreír. Con apuro desató los cordones de sus botas, se descalzó y corrió hacia el mar sacudiendo los brazos tal como hacía cuando era un niño.

El prisionero había pasado su vida entera cerca del mar, en un sitio donde la tierra era de arena. Y hasta que la guerra llegó a la pequeña aldea de pescadores, fue feliz con su amada, su red y su bote.

Pero esos días habían quedado atrás, tapados por el humo de una guerra que él no entendía.

El prisionero regresó a la orilla. El soldado le miró la ropa empapada y alzó la cara al cielo como diciendo que aún había tiempo para estar al sol.

Entonces, el prisionero se arrodilló sobre la arena húmeda y comenzó a levantar una montaña.

Sus castillos de arena eran famosos y celebrados en su aldea. Los pescadores se juntaban a su alrededor para verlo trabajar. Y cuando la obra estaba terminada esperaban juntos, comiendo pescado frito y tomando cerveza, hasta que la marea la deshacía.

El soldado se acercó al prisionero con andar lento, procurando disimular su curiosidad.

Su sonrisa desdeñosa escondía un recuerdo de veranos fríos, junto a un mar que no quería jugar con los hombres. Quizá por eso, su abuelo le había enseñado a levantar castillos de arena que no se comparaban con ningún otro. Luego esperaban juntos, abrazados para darse calor, hasta que llegaba la marea.

El soldado observó la obra del prisionero. Al parecer, ese hombre sabía lo que estaba haciendo. Pero, por mucho que se esforzara, su castillo jamás alcanzaría el esplendor de aquellos que su abuelo le había enseñado a construir.

Animado por los recuerdos, y deseoso de ganar otra batalla, el soldado comenzó su propio castillo.

El prisionero erguía una torre y el soldado trazaba pasadizos. El prisionero levantaba escaleras. El soldado, rampas zigzagueantes. Con minaretes y campanarios, crecieron los castillos de arena blanca. Y nadie, ni el mar mismo, hubiese podido decir cuál de los dos era más bello.

El prisionero terminó de moldear la última torre. Y supo que ya no podía hacer otra cosa.

El soldado se sacudió las manos... Eso era todo.

Los hombres se miraron en silencio. Muy pronto llegaría la marea a barrer la playa.

El prisionero y el soldado entendieron que solamente había un modo de lograr que la arena se hiciera inolvidable.

No es posible saber cuál de los dos sonrió primero. Y acaso no importe.

Pero de ambos lados comenzó a avanzar un puente. Un magnífico puente de arena que unió dos castillos y a dos hombres a orillas de la guerra.

